

CHAMPAGNAT. HOMBRE DE ORACIÓN

1.-

Una de las mayores gracias que Dios me ha concedido –decía el humilde san Francisco de Asís-, es el espíritu de oración; gracias a ella he conseguido todos los demás dones que la divina bondad me ha deparado.

Otro tanto podría haber dicho el Padre Champagnat. Dios le otorgó la gracia insigne de la oración. De este santo ejercicio sacaba la fe ardiente que animaba todas sus acciones y la confianza sin límites que tenía en la Providencia y con la que todo lo conseguía.

Gracias a la oración alcanzó un grado sublime de virtud, ganó almas para Dios y fundó una obra tan útil a la Iglesia.

En la oración vivía como en su elemento, y se entregaba a ella con tal facilidad y gusto que parecía serle connatural. Además de las oraciones comunitarias, de la santa misa y el oficio, dedicaba tiempo considerable a la conversación con Dios. Para ello se levantaba muy de madrugada; pues como a lo largo del día se hallaba tan ocupado, se veía obligado a quitar tiempo al descanso para entregarse a la oración por la necesidad que sentía de tratar con Dios.

En la oración concibió todos los proyectos y realizó todas sus obras. Con la oración iniciaba, proseguía y concluía todo. «Jamás me atrevería a emprender algo sin habérselo encomendado mucho tiempo al Señor -afirmaba-; primero, porque es fácil que el hombre se equivoque siguiendo sus propios criterios o creyendo que las ilusiones son proyectos inspirados por Dios; y, luego, porque nada es posible sin la ayuda y protección del cielo.»

No sólo obraba así en los asuntos importantes; seguía la misma costumbre en los detalles de su conducta, comenzando siempre sus acciones con una plegaria y realizándolas en actitud de oración. Tal es el origen de las piadosas y santas prácticas que tanto recomendó a los Hermanos y que dejó plasmadas en artículos de Regla: cómo iniciar las clases con una oración; encomendarse a Dios cada vez que hay que tratar con una persona, antes de castigar a un alumno o al dar el aviso fraterno; rezar con frecuencia oraciones jaculatorias y hacerlas tan habituales que transformen el trabajo en oración y prolonguenⁱ, a lo largo del día, la meditación matinal.

En los peligros, en las situaciones comprometidas, la oración era para él puerto seguro. Por eso casi empalmaba una con otra las novenas en comunidadⁱⁱ, y, no bien había terminado una, ya encontraba motivos para empezar la siguienteⁱⁱⁱ.

Urgía continuamente a los Hermanos a rezar, y a rezar con fervor y tenía tal confianza en el poder de la oración que no temía afirmar: «Estoy convencido de que

seremos escuchados y que, suceda lo que suceda, los acontecimientos redundarán en beneficio nuestro.»

2.-

«El celo auténtico -decía el Padre Champagnat en otra charla- es generoso y constante. Y así tiene que ser, pues la salvación de un alma es algo muy grande y merece ser alcanzada aun a costa de grandes sacrificios. Dios nos ha otorgado esta salvación enviando a su propio Hijo, hecho hombre, que se sometió a todas nuestras debilidades, menos al pecado, trabajó durante treinta y tres años, derramó su sangre y entregó su vida, se anonadó en la Eucaristía y se inmola a diario en nuestros altares.

Si queremos ganar a los niños para Dios, si querernos colaborar con Jesucristo en su salvación, tenemos que sacrificar nuestros trabajos, afanes, fuerzas, salud y, si fuera preciso, hasta nuestra misma vida a ejemplo del divino Salvador. No se logra la salvación de un alma a menor precio. Y es lógico, pues esa alma ha costado la sangre y la vida de todo un Hombre-Dios.

Un Hermano que carezca de esta capacidad de entrega no es digno de la misión que se le ha confiado. El celo verdaderamente generoso no retrocede ante ningún sacrificio; nada escatima, aprovecha todas las ocasiones de ser útil a los niños, de educarlos, de corregirlos de sus defectos, formarlos en la virtud y llevarlos a Dios. Se hace todo para todos, pone todos los medios y se adapta a todo para conseguir su salvación. El Hermano que no abandona a sus alumnos ni de día ni de noche, que los acompaña de continuo, que sacrifica sus recreos, estudios, descanso, para estar con ellos, mantenerlos en el deber y conservar su inocencia, y que siempre y en todas partes se entrega a su educación y santificación: ése tiene celo realmente generoso.

ⁱ “No deben contentarse con esta media hora de meditación, sino que han de prolongarla a lo largo del día, por el recuerdo de la presencia de Dios y la práctica de oraciones jaculatorias” (*Regla de 1837*, cap. II, art. 2, pág. 15). “Antes de responder a las preguntas de los padres acerca de la conducta de sus hijos, deben elevar el corazón a Dios diciendo: Señor, di en mi lugar lo que te es grato y pueda redundar en tu gloria” (*Regla de 1837*, cap. V, art. 18, pág. 42).

ⁱⁱ Carta al Hennano Bartolomé, de 1º de noviembre de 1831 (LPC 1, doc- 24, páginas 72-73).

ⁱⁱⁱ P.S. de la carta al Hermano Dionisio, de 5 de febrero de 1838: «... Cuando hayan terminado la novena que están haciendo, empiecen otra a mis intenciones. Que la hagan también todos los niños» (LPC 1, doc. 168, pág. 333).

¿Qué elementos encuentras en UNO de estos textos que te muestren cómo el P. Champagnat fue hombre de ORACIÓN APOSTÓLICA y es un referente modélico para ti...?
--